

Por ello, su investigación se centra en considerar la eficiencia salvífica de la Iglesia *sub specie causae instrumentalitatis* (p. 13), ya que los Padres del Concilio Vaticano II, al hablar de la Iglesia como signo e instrumento, conocían bien que este segundo aspecto tiene un peso en la tradición teológica que remite al esquema de la causalidad instrumental. Concretamente el autor entiende que esta dimensión de eficiencia salvífica es válida para dar cuenta de la mediación dinámica ejercida por la Iglesia en el orden salvífico, siempre en dependencia del agente principal (Cristo por su Espíritu), a la vez que se garantiza la gratuidad divina de la salvación. La instrumentalidad eclesial se encuentra en estrecha relación con la instrumentalidad de la humanidad de Cristo, siempre manteniendo una analogía de proporcionalidad, no de atribución, puesto que las acciones eclesiales no derivan de una Persona divina; más bien se trata de un tipo de relación entre Dios y el hombre en el orden de la acción y del accidente, no del ser y de la substancia; unión entre el Espíritu Santo y la Iglesia que es relacional o de comunión de acción. A partir de estos principios el autor examina la instrumentalidad en las situaciones particulares del pecado en la Iglesia, de la celebración de los sacramentos, de otras actividades eclesiales (anuncio de la Palabra, gobierno), del ministerio ordenado, del axioma «*extra Ecclesiam nulla salus*» y las religiones no cristianas.

La monografía es, pues, un intento de comprobar el alcance de una perspectiva, la de la causalidad instrumental, antigua como tal, pero escasamente aprovechada, en opinión del autor, para una comprensión eclesiológica renovada de la noción de sacramentalidad del Concilio Vaticano II.

José R. Villar

**Manlio SODI (a cura di)**, *Ubi Petrus ibi Ecclesia*, Sui i «sentieri» del Concilio Vaticano II, LAS, Roma 2007, 795 pp., 24 x 17, ISBN 88-213-0641-0.

Este amplio volumen es una miscelánea ofrecida a su Santidad Benedicto XVI con ocasión de su 80 cumpleaños. Se trata de un volumen de estudio, profundización y desarrollo de los temas propios del Concilio Vaticano II, proyectado y realizado por la Universidad Pontificia Salesiana. Los estudios recogidos en este volumen se presentan en el periodo en el que la Iglesia se prepara a vivir el 50 aniversario del Concilio Vaticano II. Las contribuciones —hasta un número de 51— son obra de los profesores de esa Universidad y constituyen una amplia panorámica de reflexiones siempre a partir de cada documento conciliar y procurando poner de relieve los desarrollos recientes de cada documento, así como proyectando hipótesis de acción en cada ámbito de la vida de la Iglesia.

El significativo título de esta miscelánea, tomado de Ambrosio de Milán, declara el ministerio de Pedro y de sus sucesores en orden a la esencia misma de la Iglesia, de su misión en el mundo y en la historia. Se han examinado Constituciones, Decretos y Declaraciones, es decir, todos los documentos emanados del Concilio. Dos contribuciones iniciales presentan un interés particular: la primera lleva por título «Benedicto XVI gran intérprete del Concilio Vaticano II» y la segunda es un estudio de carácter introductorio, escrito por el Profesor salesiano de Teología litúrgica, Manlio Sodi, sobre las grandes notas que caracterizan los senderos abiertos por el Concilio en la vida de la Iglesia y del mundo.

Los retos contenidos en las diversas contribuciones se insertan en la dialéc-

tica de nuestro tiempo y, de un modo u otro, apuntan a los diversos ámbitos de la vida, del pensamiento, de la comunicación... y sobre todo del ser persona en tensión constante hacia la consecución de la meta que tiene a Jesucristo como Alfa y Omega. Hacer cultura en esta dirección supone ya una respuesta a las expectativas de la *Gaudium et spes* cuando afirmaba que «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallen unidas estrechísimamente» (n. 53).

Libro recomendable, por tanto, a todo aquel que desee adquirir una mayor y más honda conciencia del Concilio Vaticano II. Asimilar interiormente el Concilio, recorrer vitalmente los caminos que abre, afirmar y poner en práctica lo que ha actuado son propósitos a cuyo servicio se han escrito las páginas de este libro.

Félix María Arocena

**Joseph RATZINGER**, *La belleza. La Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, 47 pp., 18 x 11, ISBN 84-7490-803-5.

Se trata de dos breves pero intensos y significativos textos del entonces cardenal Ratzinger, donde expone dos de sus grandes pasiones. En el primero de ellos titulado *El sentimiento de las cosas, la contemplación de la belleza* (2002) se proponían algunos principios de la estética cristiana. Comienza Ratzinger su exposición al hacer referencia a la belleza de Cristo, «el más hermoso entre los hijos de los hombres» (Sal 45,2), que decide perderla aparentemente en la cruz, hasta el punto de hacer exclamar al profeta: «¡no hay en Él parecer ni hermosu-

ra!» (Is 53,2). Estamos por tanto ante una belleza que trasciente la meramente física, y que conlleva profundas consecuencias. Es una belleza distinta y más sublime: la de la verdad y del amor. «En Él aparece sobre todo la belleza de la verdad, la belleza de Dios que nos atrae hacia sí y —al mismo tiempo— nos concede la herida del Amor, la santa pasión (*eros*) que nos hace ir al encuentro —junto a y en la Iglesia Esposa— del Amor que nos llama» (pp. 13-14).

Tras citar a Balthasar y a algunos autores de ámbito oriental (Cabasilas, Evdokimov), se proponía ahí el encuentro con la belleza como la mejor ayuda para la búsqueda de la verdad por medio de la razón. La intuición sensible de lo bello será plenamente complementaria al conocimiento racional de lo verdadero. Por eso la belleza tiene un lugar en la fe. «He afirmado con frecuencia que estoy convencido de que la verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de la verdad, es —por un lado— la belleza [de la vida] de los santos y, por otro, la que la fe ha generado» (p. 19), es decir, la del arte cristiano. Es belleza armonizada con la verdad, es más, contiene también la belleza de la verdad, contraria a una «belleza mentirosa, falsa, deslumbrante». Por eso la misión actual del arte cristiano es no solo luchar contra el feísmo, sino también contra esta falsa belleza. «¿Qué belleza salvará el mundo?», se preguntaba el entonces prefecto con Dostoievski. Solo la belleza redentora de Cristo. «Si conocemos a Cristo no solo de palabra, sino que nos hiere el dardo de su paradójica belleza, obtendremos el conocimiento verdadero de Él y llegaremos a conocer de Él no solo por medio de otros» (p. 22).

El segundo texto sobre la Iglesia se titula *Una compañía siempre reformable*